



H-industri@ *Revista de historia de la industria argentina y latinoamericana*

Año 3- Nro. 4, primer semestre de 2009

James Brennan y Mónica Gordillo, *Córdoba rebelde. El cordobazo, el clasismo y la movilización social*, La Plata, De la Campana, 2008 (286 págs.)

Aunque durante los últimos años el análisis histórico-académico de nuestro pasado reciente se ha profundizado notablemente, no deja de ser evidente la marginalidad en que se sitúa la investigación sobre la protesta obrera que tan hondas marcas imprimió al proceso sociopolítico argentino durante buena parte de los años sesenta y setenta. Así, del mismo modo que las investigaciones que Mónica Gordillo y James Brennan desarrollaron a partir de la fecunda línea de investigación sugerida por algunas de las hipótesis que el señero libro de Daniel James¹ presentara en los años noventa fueron en su hora inaugurales en un cierto sentido, este trabajo conjunto, que integra y sintetiza sus respectivos aportes al estudio del proceso de movilización social cordobés, resulta una interesante contribución a un debate todavía abierto.

Efectivamente, aquellas intervenciones figuraron el comienzo de una preocupación propiamente histórica en un terreno donde el interés se había centrado más bien en perspectivas de análisis sociológico o politológico y en el marco del cual la indagación empírica acerca de las particularidades manifestadas por las situaciones concretas en que se desarrollaron ciertos procesos fue escasamente practicada. El reciente trabajo de estos historiadores mantiene el sesgo, aunque sin desmedro de un enfoque teórico que en este caso se orienta con mayor fuerza hacia la integral experiencia de radicalización que la ciudad de Córdoba viviera por esos años. En tal sentido, explicar la conformación de los actores de un proceso de movilización social de tal envergadura que desembocaría en la rebelión popular de mayor significación dentro de las muchas que tuvieron lugar en la conflictiva etapa abierta por el derrocamiento del peronismo y del contexto que posibilitó su surgimiento, se presenta como el principal objetivo de los autores.

Ya en las investigaciones originales este recorrido analítico había sido trazado a través de un amplio corpus documental que incluía desde archivos empresariales y gremiales, hasta publicaciones oficia-

¹ Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1943-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

les y periódicas, pasando por las ineludibles entrevistas orales a un conjunto de protagonistas del proceso estudiado, desde un enfoque de la protesta capaz de dar cuenta al mismo tiempo de las dimensiones enraizadas en el proceso de trabajo y de las políticas empresarias y estatales, tanto como de las percepciones subjetivas y las asunciones identitarias de los actores.

La conformación de un tipo de obrero industrial que desarrolló prácticas combativas y un alto grado de autonomía frente a las cúpulas sindicales nacionales tiene desde este punto de vista un condicionante fundamental, a saber: el tipo de desarrollo industrial que tuvo lugar en la provincia de Córdoba, distinguido por tasas extremadamente rápidas de crecimiento pero concentrado en un solo sector tecnológicamente complejo. Efectivamente, fue la industria automotriz la que dio el tono a las transformaciones en la estructura social de la ciudad, al facilitar la concentración obrera en los barrios que se construyeron en torno a las plantas de Fiat e IKA-Renault. Pero una de las consecuencias centrales de este desarrollo fue la sensación de poder y confianza en su aptitud para enfrentar a la autoridad e influir sobre los acontecimientos políticos que desde entonces galvanizó a la clase obrera, representación de sí misma que fue madurando las condiciones para el desarrollo de una fuerte militancia cuando la ciudad tuviera que enfrentarse al comienzo simultáneo de la dictadura de Onganía y problemas en la industria automotriz local.

Pero en esta explicación de la radicalización de los trabajadores los condicionamientos estructurales no se ubican como determinantes sin mediaciones, sino solamente como punto de partida para caracterizar a aquellos en tanto actor social. En ese sentido, el marco de referencia insoslayable del proceso fue una cultura contestataria y de resistencia, que desarrollada a partir de 1955 pero notablemente fortalecida luego de la revolución cubana, se caracterizó por la aceptación de la necesidad del “cambio de estructuras”, de la liberación nacional y de la lucha contra el imperialismo.

Por otra parte, y discutiendo perspectivas que sitúan en esta intensificación de la militancia laboral la cifra de una ruptura -o al menos de una atenuación del vínculo- con el peronismo, se destaca la trascendencia de esta ideología en la identidad política de la clase obrera cordobesa. El carácter novedoso de su organización gremial se relaciona con la singular combinación que en Córdoba se produjo entre los distintos niveles de la política obrera, en un escenario en el que la fábrica poseía una centralidad que facilitaba la organización de las movilizaciones y les otorgaba mayor efectividad, constituyendo además el ámbito por excelencia de la construcción identitaria de los trabajadores y el eje de su poder. El nacimiento de una conciencia y una tradición sindicales no puede escindirse ni de las condiciones específicas de la base fabril y de la cultura del lugar de trabajo -dimensión ésta que resulta fundamental en la industria automotriz- ni de la situación creada por las luchas de poder entre las diferentes orientaciones políticas (peronistas ortodoxos y legalistas, independientes, “clasistas”) que se disputaban la dirección de los sindicatos líderes (el SMATA, la UOM, SiTraC-SiTraM y Luz y Fuerza) y entre éstas y las

conducciones nacionales y el estado. Fue precisamente esta composición peculiar la que configuró un movimiento obrero con un fuerte sentido de autonomía e identidad regional.

Así, aunque el Cordobazo no puede comprenderse sin referencia al accionar de sindicatos sometidos a una dirigencia peronista decididamente no revolucionaria, a partir de él aparecerían en el movimiento obrero fisuras derivadas de genuinas diferencias ideológicas. Aquí los autores recogen elementos provenientes de sus reflexiones más recientes desde la teoría de la acción colectiva, en una traducción conceptual que no deja de ser discutible, en tanto y en cuanto las problemáticas vinculadas a los denominados “nuevos” movimientos sociales no parecen ser fácilmente asimilables al movimiento obrero peronista. La etapa abierta por esta rebelión se define entonces como un “ciclo de protesta” en el que se produjeron cambios en el repertorio de confrontación y en sus contenidos que quedan evidenciados por una parte en la utilización de mecanismos más informales para la exteriorización del descontento y de medidas de acción directa. Éstas, que ya formaban parte del acervo cultural de los trabajadores, comenzaron a ejercitarse ahora en un sentido diferente, al llevar la disputa al centro de la producción, en dónde los trabajadores podían apropiarse momentáneamente de ese espacio para solucionar sus problemas. Del mismo modo, la conquista de nuevos ámbitos que buscaban implicar a otros sectores sociales representó un cambio profundamente significativo en las formas de protesta.

Comenzaba a producirse entonces un proceso de afirmación y redefinición identitaria que tendría vastas consecuencias en los sucesos posteriores, por cuanto suponía una tendencia a la irrupción de las bases sobre los dirigentes. Situación esta que revela la clave de la emergencia de la primera gran rebelión de la base fabril en la década de 1970, la de los sindicatos de empresa de Fiat, así como el triunfo de una dirección de izquierda en el SMATA y la definición de Luz y Fuerza por el “sindicalismo de liberación”.

En esta tónica resulta claro para los autores que ciertos supuestos ideológicos compartidos entre dirigentes y bases tuvieron alguna importancia en la elección de conducciones sindicales no peronistas. En Luz y Fuerza, por ejemplo, el prestigio de Tosco era función tanto de su capacidad para proteger los intereses de los trabajadores y obtener mejores convenios colectivos, como de su oposición a la burocracia sindical y a los intentos del movimiento gremial peronista de subordinar al movimiento obrero organizado a sus propias estrategias políticas. No obstante ello, de ninguna manera estos trabajadores aceptaban completamente las ideas socialistas ni rechazaban directamente al peronismo: su apoyo a este dirigente encarnaba más bien el acuerdo con la participación del sindicato en cuestiones políticas. Por su parte, los trabajadores mecánicos que sostuvieron a los sindicatos clasistas no sólo respaldaban la resolución de problemas específicos en la base fabril sino que además repudiaban un estilo gremial que había surgido con el vandomismo y buscaban mediante ese tipo de conducciones afirmar cierto grado de control en la fábrica.

Rigurosamente documentado, este producto de la confluencia intelectual de dos historiadores que dedicaron buena parte de sus esfuerzos a la investigación de la historia obrera supone una lectura sugerente para todos aquellos interesados en acercarse a los trazos que delinearon el complejo proceso de movilización que tuvo lugar en Argentina durante los años sesenta y setenta a través del estudio de un caso de tanta relevancia como el de Córdoba. Por buscar una comprensión de las motivaciones y visiones del mundo de actores concretos apartada de cualquier noción esencialista de la condición obrera, el presente trabajo constituye una útil herramienta en la confrontación teórica que el estudio de una clase trabajadora de notas tan peculiares como la argentina supone inevitablemente.

Débora Cerio
Universidad Nacional de Rosario/ISHIR-CONICET